

Dedicado a todas las víctimas de Violencia Vial y a sus familiares, víctimas indirectas de un Violencia invisibilizada. Y sobre todo, dedicado a Ana: te echamos de menos.

Buenos días,

Me gustaría comenzar mi intervención dando las gracias a Stop Accidentes por, un año más, organizar este foro y especialmente por dar voz a las víctimas. Me gustaría que todas las familias de Stop y las que no lo son, se sientan representadas con la intervención de hoy porque la historia de mi familia no es diferente a las de muchas otras que seguro que hoy nos están escuchando y a las que mando un enorme abrazo.

Mi hermana Ana no es un número más de una estadística, ni siquiera sé si forma parte de ellas porque no era quién conducía. Ana era vida, era luz, era una de esas personas que hacen el mundo más amable. Tenía una sonrisa capaz de iluminar cualquier lugar y una bondad tan natural que hacía que todo el mundo estuviera bien a su alrededor. Era una hija generosa, cariñosa, siempre pendiente de mis padres, a quienes adoraba con todo su corazón. Y era una madre maravillosa, de esas que convierten un abrazo en refugio y una mirada en tranquilidad y amor. Hablar hoy de ella no es hablar de una víctima; es hablar de todo lo hermoso que nos fue arrancado por la decisión consciente de alguien que creyó tener todo el derecho a conducir borracho.

Me gustaría que, por un momento, todos los que estén en la sala o escuchándonos, imaginen una playa tranquila.

El cielo está despejado.

La gente conversa.

Hay niños jugando.

Todo normal.

Pero entonces el mar comienza a retirarse.

Primero lentamente.

Luego cada vez más rápido.

Algunas personas sienten curiosidad.

Otras no entienden lo que está pasando.

Pero nadie imagina lo que viene.

Porque un tsunami siempre llega antes de ser entendido. Y cuando finalmente aparece, simplemente es demasiado tarde. Una pared inmensa de agua arrasa con todo: casas, calles, familias, recuerdos, vidas....

En cuestión de segundos, el mundo de alguien desaparece para siempre.

Bien, ahora quiero que cambien una sola cosa de esa imagen.

Imaginen que el tsunami no viene del océano.

Imaginen que viene de una decisión. La decisión de conducir después de beber.

Porque si lo piensan, un siniestro vial causado por alcohol se parece mucho a un tsunami.

Porque el verdadero daño no termina en el impacto.

Ahí es donde empieza.

### **La primera ola es la más visible.**

Las luces de emergencia, la ambulancia, la llamada....porque a pesar de todos los protocolos, en nuestro caso fue una llamada la que nos comunicó que mi hermana había sufrido un “accidente”.

Esa llamada que nadie quiere recibir. Y de repente me vi teniendo que comunicar a mis padres y a mi hermana, embarazada de pocas semanas y de viaje en Inglaterra, la muerte de Ana....., Después el tanatorio, la sin razón, las prisas por la búsqueda de abogado...la toma de decisiones cuando aún no eres consciente de lo que te pasa...El escuchar en el tanatorio “se venía venir porque a este señor le gusta mucho el alpiste”...

### **Y después llegó la segunda ola: la más silenciosa: la del vacío.**

La silla que queda vacía en la mesa.

El mensaje que nunca llega.

El cumpleaños donde falta alguien.

Las Navidades

La foto familiar que nunca vuelve a completarse.

El vacío de los que considerabas amigos, pero no soportan verte llorar, porque el sufrimiento no está socialmente aceptado, las frases vacías del tiempo lo cura todo, que mala suerte tuvo....

Y es que hay que entender, que cuando una familia pierde a una hija o a una hermana en un siniestro vial, no desaparece solo alguien querido. Desaparece una parte entera de nuestras vidas:

Porque una hermana conoce tu infancia, tus secretos, tus heridas, las versiones de ti que nadie más conoce. Es parte de tus recuerdos, de tus rutinas, de tu historia y también de tu futuro, un futuro que planificábamos de forma conjunta. Y para unos padres, una hija no es reemplazable ni imaginable fuera de sus vidas; es el amor más profundo, más instintivo y eterno que existe.

Por eso, cuando nos la arrebataron de una forma tan violenta y absurda, no se rompió solo su vida. Se rompió nuestra familia entera.

## **Después llega otra ola.**

La culpa.

“¿Y si la hubiera llamado y no hubiera salido en ese instante?” esta culpa la tiene clavada mi madre en su corazón...

“¿Y si hubiera llevado su furgoneta en lugar de su coche?” esta culpa la tiene mi cuñado

“¿Le he dicho en vida todo lo que la quería?” esta es mi culpa personal y la de mi hermana Silvia

“¿Y si...?” seguro que todos los que estamos aquí hemos tenido algún ¿y si?...

Los tsunamis dejan escombros visibles. Pero los siniestros viales los dejan invisibles.

Ansiedad, depresión, traumas, miedo....

Sería sensato pensar que con todo esto, las víctimas de siniestros viales contamos con ayuda psicológica...En nuestro caso los psicólogos percibieron que mi hermana Silvia tenía riesgo de pérdida del vínculo afectivo con su hija por lo que requirió tratamiento desde el inicio, porque imaginen lo difícil que es alegrarse de un embarazo perseguido y deseado cuando todo tu cuerpo y mente está golpeada por el dolor.

Al resto se nos dijo que era un duelo que debíamos pasar, vuelva al año si no lo han superado... Mis padres, Isabel y Julián, buscaron ayuda psicológica, que afortunadamente pueden costearse. En mi caso, mi hija que por aquel entonces tenía 5 años, ha necesitado y necesita apoyo psicológico porque aprendió a esconder su dolor para no hacer sufrir más a los demás y ahora tiene problemas de comunicación emocional...

Yo tarde un año en olvidar las imágenes de las pertenencias de mi hermana Ana y de mi sobrina, esparcidas en la carretera, que tuve que recoger yo misma del lugar del siniestro para evitar verlas de camino al tanatorio donde tuvimos que permanecer tres días.

Con todo esto quiero que entiendan, que somos familias funcionales por fuera, pero heridas por dentro.

## **Y otra ola difícil de gestionar.**

La sensación de injusticia

Porque hay algo que debemos decir claramente.

Conducir borracho no es mala suerte.

No es un accidente.

No es “algo que simplemente pasó”.

Una persona que bebe sabe perfectamente que no debe conducir.

Lo sabe antes de encender el coche.

Lo sabe mientras sostiene las llaves.

Lo sabe cuándo decide arrancar.

Lo sabía quién mató a mi hermana porque sabía que había bebido y esperó 3h antes de coger su coche.

Y aun así lo hizo.

Eso es lo más duro de aceptar.

Porque el tsunami no aparece por sorpresa.

Alguien decidió liberarlo.

Y comienza otro calvario: abogados, juicios, papeles, declaraciones, recursos... tener que revivir una y otra vez el peor día de tu vida delante de desconocidos, mientras el sistema reduce la existencia de la persona que amabas a expedientes, números de procedimiento e indemnizaciones....Porque mientras una familia recibe una cadena perpetua de dolor, quien decidió conducir borracho muchas veces recibe penas que parecen ridículas frente a la magnitud de lo destruido (en nuestro caso dos años y medio y dando gracias).

**Y por último, en medio de todo eso aparece otra herida imposible de explicar.**

La indefensión de sentir que también nos arrebataron la vida que tenía que haber tenido mi sobrina, la hija de Ana. Porque ella era menor (cumplía 3 años en septiembre y el siniestro fue en junio). Porque no crecerá, ni estará presente en nuestras vidas como mi hermana habría querido. Y eso duele de una manera difícil de describir. Duele imaginar a Ana sabiendo que la familia que ella amaba, la familia con la que soñaba ver crecer a su hija, puede quedar apartada de su vida sin poder hacer nada....

Así que el tsunami no terminó el día del siniestro.

Sigue avanzando.

Sigue arrebatándonos cosas.

Sigue destruyendo vínculos, recuerdos, futuro y presencia.

En nuestro caso, ya no podemos cambiar lo que ocurrió. No podemos devolver la vida a mi hermana. No puedo reparar el vacío que dejó en mis padres, en mí, en mi otra hermana, en sus sobrinas, ni en una hija que crecerá sin su madre. Pero sí puedo pedir algo a quienes tienen el poder de evitar que otras familias vivan este mismo infierno.

**Hace falta valentía.**

**Valentía del sistema judicial** para dejar de tratar estas muertes como simples imprudencias cuando existe una decisión consciente detrás: beber y conducir sabiendo perfectamente el riesgo que supone para los demás.

**Valentía política** para asumir que la única tasa de alcohol verdaderamente segura al volante es 0. Porque cada margen permitido transmite el mensaje equivocado: que existe una cantidad “aceptable” de alcohol antes de ponerse al mando de una máquina capaz de matar.

Y **valentía de la sociedad** para dejar de normalizar frases como “yo controlo”, “estoy bien” o “es solo una copa”. Porque demasiadas veces esas palabras terminan convirtiéndose en flores al borde de una carretera y familias condenadas a un duelo eterno.

En países como Francia ya se ha empezado a llamar a estas muertes por lo que realmente son, tipificando estos casos como homicidio vial y endureciendo las penas para quienes deciden conducir bajo los efectos del alcohol o las drogas. Porque cuando alguien toma voluntariamente esa decisión y mata, no estamos ante un simple accidente inevitable: estamos ante una conducta consciente que destruye vidas inocentes.

Ojalá llegue el día en que tengamos el coraje de proteger más a las víctimas que a quienes creen tener derecho a beber y conducir.

Porque ningún trayecto, ninguna fiesta y ninguna copa valen la vida de una persona.

Muchas gracias

**Familia Ana Herrera León**